

PENSAR, DUDAR, ERRAR

Pompeyo Ramis M.*

Los humanos solemos vivir afectados por innumerables inquietudes. A los demás animales en cambio solo les afectan dos: la vida individual y la de la especie. Entre humanos es frecuente afanarse más por el temor que por la vida. Solemos abundar más en cosas superfluas que en las necesarias.

Pero todos tenemos en común el hecho de que nacemos programados. Realizamos la mayoría de nuestros actos mecánica e inconscientemente. Nuestros movimientos están regulados en la medida de lo suficiente. Seguimos las leyes de la física dinámica sin tenerlas en cuenta, e incluso ignorándolas. Hablamos más o menos correctamente sin atender las reglas gramaticales o desconociéndolas del todo. Cantamos sin saber música. Seguimos el ritmo sin saber qué es el ritmo. Nuestros órganos funcionan sin que nosotros nos percatemos, sin

* Pompeyo Ramis M. Doctor en Filosofía. Profesor activo de la Universidad de Los Andes (Mérida– Venezuela). Áreas: Ontología; Filosofía del Derecho; Lógica Jurídica; Filosofía Antigua y Medieval. Traductor y autor de numerosos artículos y ensayos publicados en revistas filosóficas. Entre sus obras destaca *Lógica y Crítica del Discurso* (2009). pompeyoramis2015@gmail.com

conciencia de que los tenemos, a menos que notemos disfunción en alguno. Estamos programados.

Nacemos, vivimos y nos reproducimos poniendo muy poco de nuestra parte. Casi nada. Nuestro organismo hace su trabajo. Sin necesidad de una colaboración muy especial de nuestra parte. Casi nada. Nuestro organismo hace su trabajo. Sin necesidad de una colaboración muy especial de parte nuestra. El metabolismo hace su trabajo dentro de nosotros, sin que sepamos cómo. Nos vamos haciendo adultos y llegamos a viejos sin saber cómo, ni por qué, ni para qué. Simplemente, estamos programados. Casi todo está programado.

Pero los humanos somos los únicos que podemos concienciarnos de nuestra programación, y aplicamos a estudiarla. Así, los físicos se conciencian de los fenómenos del macro y microcosmos, los filólogos, de las partículas del lenguaje y los filósofos, de los misterios del ser y el conocer. Hoy, aquí nos concienciaremos de tres fenómenos de la racionalidad humana: conocer, dudar, y errar.

I

Experiencias básicas: No hablo de certeza, que sería demasiado decir, aunque las ganas de llegar a ella no faltan. La mayoría de los humanos buscan experiencias fuera de ellos mismos cuando las más interesantes son las que ocurren dentro. En cada momento cognoscitivo

realizamos un viaje de ida y vuelta. Vamos y venimos del yo cognoscente a la cosa conocida. Podemos llamar a eso regresión completa. El entendimiento se aplica al objeto, aprehende sus notas esenciales y accidentales, hasta que en el último regreso se obtiene el conocimiento completo. Las idas y venidas serán más o menos repetidas según la acucia de cada sujeto cognoscente. Se llega a un conocimiento científico después de varios intentos de clarificar los conocimientos pre-científicos. Cada época ha procurado aumentar la herencia científica recibida de los anteriores. Hemos pasado milenios aprendiendo a costa de quienes nos precedieron, pero haciendo la cuenta hasta el presente, no tenemos razones suficientes para volvernos escépticos. No es poco el saber acumulado. Quizás todavía hay escépticos, pero lo son más para *epater le bourgeois* que por propia convicción. Si ellos consultan con su propia consciencia, convendrán consigo mismos en que mienten.

Algo semejante vale decir del relativismo a ultranza, es decir, más allá de lo que una mente sensata piensa que debe relativizar. Hay que distinguir entre el que quiere decir cosas y el que quiere comunicar ideas y causar sensaciones.

Parto del supuesto de que nadie quiere engañarse. Si el escéptico consulta consigo mismo, -solo superficialmente-, será que desmiente su teoría con la práctica. Habrá que aplicarle lo mismo que decía Husserl del psicologismo relativista: "viven de espaldas a la realidad".

Me decía una vez cierto amigo: "entre tantas disputas sobre la consciencia, la inconsciencia, la subconsciencia..., me pierdo". En varias disputas filosóficas, hay motivos para perderse; pero no más allá de cierta perspectiva que el sentido común nos sugiere. Es decir, no más allá de lo que las dudas y errores nos han enseñado para no seguir errando indefinidamente sobre un mismo tema. *Errando discitur* -decía Séneca-. Los escépticos tendrían razón si las dudas y los errores fuesen tan numerosos y persistentes, que fuese imposible adquirir conocimiento. No hace mucho tiempo que un grupo de filósofos trató de limpiar la filosofía, de manera inútil, creando un nuevo tratado filosófico con el título: filosofía de la filosofía. Tautología para mí innecesaria, porque no otra cosa ha hecho la filosofía a través del tiempo, qué reflexionar sobre sí misma, rectificando los errores del pasado incluso cuestionando los principios en que se funda.

Del peligro de errar nadie se escapa: Pero dudaremos hasta donde sea necesario para no echar a mala parte aquella ironía de Sócrates: "sólo sé que no sé nada" Lope de Vega lo distingue bien. En otra ocasión alguien me preguntó ¿Dónde está el punto justo del criticismo? Como no había lugar a respuesta precisa, de respondí imprecisamente: En distinguir entre la crítica que discierne y la crítica que demuele. Entiendo la que discierne, pero no la que demuele - replicó. Para no abundar en digresiones, me escapé por la puerta trasera de la anécdota.

En filosofía demoler es disputar sobre el consecuente sin conocer el antecedente. El profesor Alberto Rosales fue solicitado para dictar un curso sobre Kant. Empezó la primera lección con una minuciosa referencia a David Hume. De pronto notó los rostros atónitos de los oyentes, y sin paliativos preguntó: ¿Saben ustedes de quién les hablo? Con sorpresa halló que ni uno solo había escuchado nunca ese nombre. El profesor se abstuvo de comentar y dijo: voy a hacer un acto de filantropía con ustedes y dedicaré toda esta clase a explicarles la doctrina de Hume.

Efectivamente cada gran filósofo halla un nuevo filo de pensamiento al son de algún otro precedente que le ha servido de despertador. El hilo conductor de la filosofía va desde Parménides hasta Heidegger. Algo similar cabe decir de las otras ciencias, aunque con una ligera observación: a un físico se le dispensa de comentarios sobre Arquímedes, mientras que un filósofo que se respete siempre hallará algo que decir de Platón y Aristóteles.

Es cierto que los actuales filósofos analíticos nos acusan de rebajar la carga crítica que el proceso científico impone a la filosofía. Pero yo siempre he sostenido que en todos los saberes -y en filosofía muchos más- hay tanto de conocimiento cuanto de crítica de crítica; es cierto pero habida cuenta de que el espacio crítico limita con la

aprehensión de verdades de evidencia inmediata, qué son punto de partida hacia el conocimiento otras nuevas o más avanzadas.

No quiero que se me tilde de dogmático con el uso de la palabra verdad. Yo le entiendo según las posibilidades del entendimiento humano y la diversidad de atributos cognoscitivos. Que no hay efecto sin causa, que cada cosa es igual a sí misma, que no hay término medio entre ser y no ser, etc... Son verdades al alcance de cualquier entendimiento que no adolezca de alguna disfunción. Se me podrá objetar de optimista porque no tengo en cuenta los sentimientos y emociones que pueden afectar al pensador y enturbiarle la visión. Que padecemos estas afecciones; es un hecho a veces difícil de prevenir. Pero las afecciones anímicas son transitorias, y en mayor o menor grado controlables y el filósofo las controla recordando las cuatro *idola* de Francis Bacon.

Idola specus: los engaños que vienen de nuestro temperamento, manifiestos en los momentos emotivos y de la natural deficiencia de nuestros atributos. En nuestro estado en la caverna de Platón. *Idola tribus*: los impedimentos que nos vienen de la misma especie humana, proclive a inclinarse más a las apariencias sensibles y al ejercicio de la razón. *Idola fori*: los engaños que nos vienen de las reacciones sociales donde nuestro pensamiento es seducido por las por las por las modas de pensar y decir. *Idola theatri*: son los sistemas determinantes que

generan las rupturas epistemológicas de cada época histórica. Nos hacen ver las máscaras más que los verdaderos rostros.

Hay un método bueno para cerciorarnos de la objetividad de nuestras percepciones. Consiste en observar cómo la consciencia volente interviene en los actos del sujeto pensante. Está observación es precisamente la que da objetividad a la anamnesis de nuestras experiencias pasadas. La distancia en el tiempo es lo que nos hace ver el valor actual y real de nuestros pensamientos y actos. Los libera del lastre emocional, pues lo que movía nuestro ánimo en el pasado nos parece ahora no solo falso sino ridículo.

Dentro de lo que entendemos por conocimiento, tiene un puesto especialísimo la capacidad de juzgar. Inane sería nuestro conocimiento sino incluyera la capacidad de forjar juicios. Para que un juicio lo sea, verdaderamente es precisa la intervención de la voluntad. Entendimiento y voluntad son dos potencias inseparables que operan conjuntamente. El entendimiento capta las esencias y al mismo tiempo se apercibe de sus interconexiones, a la manera de las neuronas con su sinapsis. Una vez metabolizados los datos sensibles en el entendimiento, interviene la voluntad iniciando el proceso de la razón discursiva.

Todos los actos humanos por insignificantes que sean son raciovolitivos. Entendimiento y voluntad son dos potencias en una, que

solo se distinguen por sus operaciones. No importa que tengan lugar actos que se hacen sin querer, como errar o equivocarse. Los demás animales pueden confundirse o frustrar la prosecución de su apetito sensitivo, pero eso ocurre raras veces; su voluntad se pone en acción cuando tienen a buen tiro el objeto de su apetencia, y su instinto difícilmente falla.

Alguna vez me han preguntado si hay actos que sean racionales sin intervención de la voluntad. La respuesta es negativa, porque el mero acto de pensar ya es necesariamente volitivo, aunque el sujeto no se aperciba de ello. De lo contrario; el pensar no se podría llamar acto. Lo natural suele ser que lo que el entendimiento percibe termine en acto, tenga o no tenga lugar un movimiento: siempre habrá apetito, rechazo, o preferencia, o postergación, etc.

Además, no es que el entendimiento incite a la voluntad a que acepte o rechace, sino al revés: es la voluntad la que espolea al entendimiento a la formulación de proposiciones verdaderas, o falsas, o probables. De hecho, a menudo nos concienciamos de nuestros actos cognoscitivos y de su racionalidad.

Por lo general, la voluntad acepta proposiciones claramente verídicas, pero en ocasiones, prefiere adherirse interesadamente a sentencias opinables o dudosas, las cuales, no obstante, tratará de revestirla con falsa racionalidad. Entonces ya no estamos en el plano

filosófico sino en el psicológico. En el aceptar cualquier proposición concurren dos factores: el asentimiento y el interés. En el asentimiento solo nos atenemos a la intuición, mientras que en el interés se dan motivos extrínsecos que determinan la intervención de la voluntad. No con la misma actitud asiente la voluntad a los axiomas matemáticos que a los dogmas religiosos o a las opiniones políticas. En el conocimiento puro, la voluntad no interviene si no es para remover obstáculos a la intelección, mientras que en las tesis ideológicas interviene en defensa de una parte o con objeciones contra otra. Del mismo entendimiento nos valemos para defender y para atacar. Para la verdad o para el error. Pero por mucho que tributemos en favor de doctrinas en que prevalece el interés por encima de la razón, siempre yace en nuestra consciencia incierta el Sócrates testigo, que nos denuncia, de nuestra interesada persistencia en el error.

Llegados a este punto, es oportuno introducirnos en el foro de la moral. *Video meliora proboque deteriora sequor*¹ dice Ovidio en su *Metamorfosis*. El entendimiento percibe necesariamente el deber ser, pero la voluntad puede optar libremente por lo indebido. ¿Qué pasa, entonces, con las imputaciones jurídicas y morales? Primero hay que distinguir entre el foro interno de la moral y el externo del Derecho. Si se trata de una imputación moral contra ti siendo tú inocente, no hay que esperar a que alguien te borre la imputación porque esta no existe.

¹ Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor. *Metamorfosis* VII,20-21 Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor.

Pero en el campo jurídico hay que seguir un proceso del que resulte probada tu inocencia o tu culpabilidad. Si resultas inocente, serás absuelto, no perdonado. Mucho cuidado con confundir la absolución con el perdón. Etimológicamente, absolución significa desligamiento: tú quedas desligado de los hechos que se te imputaban. No tienes nada que ver con ellos. Pero ¡cuidado!

Ser absuelto no significa, jurídicamente que estás libre de culpa; solo se te declara inocente en el sentido de que no hay pruebas para condenarte. Porque bien podría ser que fueses culpable, pero tu culpabilidad no ha sido probada. Muchos culpables se libran de pena por falta de pruebas. Eso es sentido de absolver. Perdonar, en cambio (*per-donare*) es declarar la no existencia de una deuda. Pero esta declaración no suprime la deuda, sino que se da como si no hubiese sido contraída. Dar lo hecho por no hecho es físicamente imposible, y ni siquiera por milagro es posible. Si tú "perdonas" al que te ofende no borras la ofensa: esta quedará eternamente impresa. En resumen, el único testigo de tu culpabilidad o inocencia es tu consciencia. Lo mismo vale para los indultos. El indulto indica que hubo una prueba indirecta de culpabilidad.

Después de lo dicho sobre la experiencia del entendimiento, ¿Alguien, ha quedado con más dudas que antes? Entonces, con más razón conviene hablar de la experiencia de la duda.

II

Tan natural como la experiencia del conocimiento es la de la duda. Y más añadiría: el primer paso para llegar al conocimiento es dudar. En el campo de las ciencias, ganan las dudas sobre las certezas. El principio de todo saber es la duda. Como la carencia de dudas es indicio de no haber entendido nada.

Lo primero que percibimos es que no todas las realidades pueden darnos con la misma claridad una especie de sí mismas. No resaltan con la misma claridad las proposiciones físicas que las metafísicas o las morales. Las esencias físicas y metafísicas se manifiestan con desigual evidencia. Peor se nos pone la cuestión de la certeza, de la cual no hablaré para no salirme del tema.

Experimentamos ciertos momentos -muy pocos- en que hay correlato perfecto entre la verdad objetiva y la certeza subjetiva. Pero en uso de duda, lo nuestro es la suspensión de juicio; inclinándonos a la opinión o a la duda según el peso de los argumentos de cada parte de la contradicción. Permanecer en la suspensión de juicio es la posición más cómoda, pero no la más conveniente. Si los motivos de duda son objetivamente serios, sin posibilidad de solución a largo plazo, se justifica la duda por tiempo indefinido pero esta posición no puede inventarse hasta convertirse en escepticismo. Porque comenzar negando es negarse a comenzar. La capacidad cognoscitiva de los

humanos es un hecho que no necesita demostrarse. Los constructos humanos, tanto ideales como materiales están a la vista.

Sería bueno curarnos en lo posible de las dudas, pero no podemos hacerlo con dogmatismos, porque el dogma es una violencia epistemológica. La duda no busca que le cierren la discusión, sino que se la concluyan. El escéptico se estanca en una teoría, pero claudica en la práctica. Afirma la imposibilidad de probar y demostrar, mientras en la práctica acepta pactos como si fueran postulados indiscutibles. Pretende anular ideas ajenas, pero no puede matar el lenguaje con que expresa las suyas.

Como la duda escéptica es una postura literaria más que filosófica, solo podemos anclarla con un acto de introspección. Por más que en lo íntimo de nuestro yo, nunca nos convenceremos de la imposibilidad de llegar a conocer algo, siquiera sean las esencias de evidencia inmediata. No niego, porque es cosa evidente, que a la naturaleza a veces le gusta esconderse, como se quejaba Heráclito *phisis kriptesthai philei*². Pero las dificultades subjetivas suelen ser aún peores. No todos los intelectos son igualmente perspicuos y prontos en la captación de las esencias. Conviene, pues, colocar en su debido lugar la consciencia de la duda. Formulemos a modos de tesis la siguiente proposición: “quién se inicia en el filosofar debe situarse en actitud

² Heraclito, Frag. 22 DK B 123

crítica, no poniendo de una vez sus percepciones en duda, si no primero analizarlas y distinguirlas”.

Quién filosofa se sabe dentro de los límites de su finitud, pero eso no significa poner en tela de juicio su capacidad de pensar. Bajo este supuesto, disponemos de dos referencias: primera, el yo personal consciente, no aquel yo de Shelling, perdido en el mar absoluto universal, sino en el que está en la propia consciencia, y que tiene en cuenta las alteridades también conscientes. Si las consulta, hallará en ellas coincidencias con sus propias percepciones, y las distinguirá de las pocas o muchas que no coinciden. Comprenderá que hay una consciencia teórica y otra práctica. Este acto es tan profundamente sentido, que no es posible negarlo, ni siquiera por el escape de una ficción. Salta entonces a la consciencia otro dato imposible de que pase desapercibido:

El principio de contradicción. El entendimiento menos ilustrado sabe *a priori* que no hay término medio entre ser y no ser. También sabe que de este principio se derivan otros de la misma evidencia. Si se me replica que eso es excesivamente obvio para tener que advertirlo, respondo que -precisamente a su olvido se debe el hecho de que erremos y nos equivoquemos tan a menudo. Tendemos a olvidarnos de lo más evidente precisamente porque es evidentísimo. No hay error alguno, ni teórico ni práctico que no se origine en este olvido.

Ortega y Gasset dice que la filosofía es la única ciencia que cuestiona los principios en que se funda. No importa lo que haya dicho Ortega, el precio que pagarás por negar el principio de contradicción será contradecirte. Esfuércese cuanto pudo uno cualquiera en negar la causalidad con la ayuda de Hume, su evidencia inmediata le hará entrar en razón. Puedes decir que no lo niegas, solamente lo pones en duda: el resultado será igualmente la insensatez. Persistir en negar o dudar contra las evidencias es, diría Husserl, caminar de espaldas a la realidad. ¿Cuántas certezas tenemos en las que nos apoyamos para pensar, decir, y obrar? Muchas que tu propio yo consciente no te permite negar: por ejemplo, la conveniencia o discrepancia entre un sujeto y un predicado. De los predicados esenciales y los accidentales, que contra los hechos no valen argumentos, que nadie da lo que no tiene, que de lo posible a lo real no cabe consecuencia, que las potencias se manifiestan por los actos y los actos por los objetos: etc. Todo lo dicho se te hace evidente sin que medie prueba o demostración. Y todo eso te basta para que cuanto a firmes o niegues sea coherente.

Pero, por si todavía no te bastas a ti mismo para comprenderlo, tienes la experiencia ajena que se te comunica por contacto con lo que otros atestiguan, o a través de las lecturas. Las experiencias ajenas también son nuestras, tanto en lo cierto como en lo falso. Innumerables son los conocimientos que tenemos por experiencia ajena confiable. Algo sabemos de los fenómenos siderales, del comportamiento de las partículas atómicas, de la relatividad del tiempo y el movimiento. Sin

embargo, no importa que de alguna de esas cosas no tengamos evidencia ni experiencia.

La relatividad del movimiento no me impide saber qué es lo que se mueve o está en reposo dentro de la nave que me transporta a velocidades supersónicas en el espacio infinito. Dentro del vehículo llamado tierra no se nos permite asomarnos para observar otros movimientos, pero dentro de él, el movimiento y el reposo son objetivamente distinguibles. La relatividad de la física teórica no niega la absolutez de los fenómenos de la física práctica. Las distancias dentro del vehículo terrestre serán siempre las mismas, tanto en el perihelio como el afelio. Con todo no podemos negar la deficiencia de nuestros sentidos ante los ingentes fenómenos de macro y microcosmos y aquí es hasta donde los sabios en la materia navegan entre dudas. Fuera de laboratorio no podemos visualizar los átomos y las moléculas de lo cual hay que dar gracias a los cielos. De habernos dado una vista tan flaca, porque si pudiéramos ver al natural los átomos y sus partículas no veríamos nada.

Pero ignoremos estas divagaciones y volvamos a la experiencia de la duda. Para nuestra realidad existencial, nos basta la posibilidad de emitir juicios ciertos o probables. En nuestro lenguaje usual, reconocemos la imposibilidad de pronunciar juicios sobre materia que no conocemos, por tanto, la consciencia de lo que sabemos corre

paralela a la que ignoramos, pero, reconociendo que lo que ignoramos es infinitamente más extenso de lo que sabemos.

La clásica adecuación del entendimiento a las cosas -o viceversa- sí somos kantianos, no es absoluta, sino que depende de la especie que cada cosa puede dar de sí, y de la capacidad receptiva de cada intelecto en particular. En cuanto a lo que pueden dar de sí las cosas mismas, hay certezas físicas, metafísicas y morales. Las respectivas ciencias dan cuenta de la capacidad de conocimiento que de ellas cabe esperar. Con la evidencia de estas limitaciones, vivimos, si no felices al menos contentos. Como los individuos de cada especie animal, tenemos los miembros que necesitamos. Al menos yo no conozco a nadie que apetezca otros.

Para sobreabundar en la experiencia de la duda, preguntémonos: ¿de qué vivimos más, de conocimiento o de dudas; o si queréis cambiar de palabras: de lo cierto o de lo probable? Pongamos este dogma: lo conocido es limitado, lo desconocido, ilimitado. Por tanto, de lo que conocemos tenemos certeza, de lo que no conocemos, probabilidad. Lo cierto se demuestra con argumentos ciertos; lo incierto con argumentos probables. Digámoslo de otra manera: las cosas dudosas son infinitamente más numerosas que las ciertas. Por tanto, vivimos más de dudas que de certidumbre. Más de fe que de ciencia. Otro aspecto de la pregunta. ¿Qué es más numeroso lo falible o lo infalible?

Ahora veamos el lado humano en comparación con el físico. ¿Puede haber fallas mecánicas tanto como humanas? No cabe la pregunta, porque fallar es una deficiencia de la voluntad humana. La naturaleza no tiene fallas. Si una ciudad es arrasada por un río que tiene cerca, la falla no está en el río sino en sus vecinos que no tomaron precauciones. Esto no se desmiente en los casos en que no vale precaución. Como terremotos, tsunamis, etc. Pero volvamos a las fallas humanas y mecánicas. Se descarta de plano la falla mecánica porque todo constructo mecánico se hace de acuerdo con leyes físicas que son infalibles. Si el constructo está físicamente bien montado según las leyes físicas y mecánicamente bien mantenido y operativamente bien manipulado por un operador experto, el constructo no fallará. El constructo mecánico no fallará porque carece de voluntad. La voluntad está de parte de los fabricantes, de los mantenedores, y de los operadores. Son al menos cuatro factores sobre los que no tenemos ninguna certeza, solo probabilidad (confianza, fe). Así que quien se sube a un avión -por poner un ejemplo- se juega la vida a una sola carta, solo con la fe puesta en cuatro factores humanos: esperamos que todo aquello que no sabemos del constructo, funcione debidamente. Sin embargo, no quiero ser fatalista. La falla humana es irremediable, pero previsible si se pone en acto la plena voluntad.

III

Finalmente hablemos del error. Es tomar una proposición o una decisión por verdadera sin saber que no lo es. Lo errado es tan infinito como lo dudoso. O es el mal paso previo al mal errático. Si decimos que *errare humanun est*. ¿Significa esto que los humanos somos erráticos por esencia, por constitución? Negativo. Si fuese así, sería absurdo definir al humano como ser racional. Por tanto, no erramos por naturaleza, sino por accidente, lo que indica que podemos enmendar los errores. Según Hegel, el error es *un momento dialectico del devenir de la idea*. Lo cual indica que en el devenir de la idea hay momentos de verdad. Así que, infaliblemente erraremos, pero alguna vez acertaremos. Si se me pregunte cómo evitar el error no hallo más respuesta que la de acudir a la lógica que es la ciencia que nos enseña a distinguir. Lo contrario de distinguir es confundir, y de aquí a errar no hay más que un paso. De paso, no confundamos errar con equivocarse. El equívoco está en la palabra mal usada y el error en el pensamiento que se expresa. La equivocación es involuntaria y el error principalmente voluntario.

Las equivocaciones no son duraderas porque las solemos notar por advertencia propia o ajena, pero los errores pueden arraigar y persistir por largo tiempo debido a intereses creados. Uno de los errores es la persistencia en el escepticismo o en la duda exceptiva. Nos adormecemos en una teoría dogmática, política o filosófica. La historia del pensamiento nos ha dado tantos modelos de error, que nos

casaríamos enumerándolos. Tanto errar como equivocarse consiste en una inadecuación entre aprehensión intelectual y el juicio. Si la aprehensión es equivocada el juicio será erróneo. Por eso, antes de emitir un juicio hay que tener las ideas claras. De hecho, solemos decir que en cierto caso no podemos juzgar porque no tenemos materia suficiente, juzgar es componer un sujeto con un predicado. Si la composición no se da el juicio es erróneo porque en lugar de componer sujeto con predicado, los divide. Dicho de otra manera: juzgar rectamente supone la seguridad de que los datos - las aprehensiones- son verídicos. Si nos equivocamos hay que ver hacia atrás y revisar los datos. Pero ¿Cómo, o desde dónde revisarlos? – Preguntarás.

Tú sabrás sobre qué ideas tienes evidencia concienciada, y lo sabrás consultando a tu yo consciente; ¡porque no querrás engañarte a ti mismo! ¿y si por ese medio tampoco consigo claridad? Entonces ya no estamos ante una necesidad de revisar conceptos, sino ante un problema, es ignorada.

Quizás has usado algún término cuyo verdadero significado ignoras. Te has equivocado usándolo porque no te has molestado en asegurarte de su significado ni de sus sentidos. Sabes en tu conciencia que te has equivocado; o bien has creído que la equivocación no tendría consecuencias. Descartes nos advierte que el juicio es infalible si lo aplicamos a ideas claras y distintas, y solamente a éstas. Me replicarás qué Descartes pide demasiado: es imposible que los juicios sean

infallibles si siempre dependen de ideas absolutamente claras; lo normal es opinar claramente, pero no con la precisión de un reloj. Ante esta dificultad tenemos el recurso de juzgar *sub conditione*: "si no me equivoco, según mi opinión, si no me engaño, etc. De lo que no se está seguro, lo más prudente es manifestarlo, o decir como Wittgenstein: *Darliber muss man scheigen*. Pero todavía me pueden replicar: conversando entré amigos ante una copa de buen vino, nadie se detiene ante esas menudencias. No son siempre menudencias. En esas conversaciones, con frecuencia se emiten juicios que dañan la reputación de personas naturales o jurídicas.

Si se me pregunta si tengo orientaciones claras y fáciles para no caer en tal despropósito, Te diré que sí, las tengo claras, pero fáciles, no sé. Eso depende a la voluntad de cada uno. Ante todo, 1º: abstente de utilizar tecnicismos o latinismo si no estás bien seguro de que los aplicas bien. 2º: no usar ningún término ambiguo o polisémico sin avisar previamente en qué sentido lo aplicas. Es prudente empezar aclarando las palabras clave que vas a usar a lo largo de la charla o escrito. Si hablas, por ejemplo, de la igualdad de derechos, debes fijar los términos con mucha escrupulosidad. No conviene decir en general que todos somos iguales, porque esto es falso: somos iguales en la especie, pero no en los atributos: y cuando se establecen diferencias, siempre son sobre atributos. 3º: Es inoportuno detenerse en conceptos que de sí son suficientemente claros, como espacio, tiempo, movimiento, a menos sea en una distancia física o filosófica sobre estos

términos. Las palabras clave que acaso hayas antepuesto y aplicado te servirán de economía para no tener que volver sobre ellas cada vez que vengan a cuento.

Tengo que referirme a momentos muy comprometedores en los que tengamos que emitir juicios sobre escritores que adolecen del vicio que yo llamo *síndrome de escritura difícil*. Escribir enrevesadamente no es cuestión de estilo y profundidad, sino de mala redacción, o si lo queréis más mitigado, estilo amanerado. Ningún pensamiento por profundo que sea es inefable. Todo lo que se puede pensar, se puede expresar, aunque en caso muy especial haya que hacer más de un intento. Eso bajo el supuesto, naturalmente, de que conozcas bien el idioma y el tema de que, se trata.

Hasta aquí he hablado de errores teóricos, por olvido de los primeros principios. Veamos ahora los prácticos que también se deben a la misma causa. Son innumerables. Algunos ejemplos: estudiar una carrera sin estar capacitado para ella, es evidente que *nadie da lo que no tiene*. Creer que mejoras sin cambiar de método es olvidarse de que *cada cosa es siempre igual a sí misma*. Mantener la amistad con alguien que te ha engañado una sola vez es olvidar que *el bien procede de una causa íntegra, y el mal de cualquier defecto*. Casarte con la persona que más te guste en lugar de la que más te convenga es ignorar que *entre ser y parecer no hay nexo*, o que entre atributos, *son preferibles los que no se marchitan*. Tomar decisiones graves en

momentos de euforia equivale a olvidar que *las emociones son malas consejeras*. Nunca digas: he tenido mala suerte; di más bien *no hay efecto sin causa*.

Entre los errores prácticos hay que contar también el que cometen algunos; aquellos, un ejemplo, que se pronuncian en aulas magnas. Hay quién creé que, si su discurso dura menos de 20 minutos, no fue suficientemente brillante.

Cometer este error, también es olvidarse de algo que se da por supuesto. Que los discursos no se aplauden porque gustan sino porque acaban y precisamente por eso aquí acaba el mío.